

—Pos á declarar *pa* que se sepa todo.

—Pero qué es lo que se va á saber, Dios mío!

—Y V. también va á declarar y.... las señoritas, dijo el gendarme echando una mirada oblicua á los piés de una de ellas, calzados con zapatos de raso blanco bordados de oro.



CAPÍTULO XVIII.

A eso de las doce de la noche reinaba un silencio profundo en el hotel. José María y Luís no habían vuelto á oír ruido alguno en el cuarto número 13, y el vecino del 11, no obstante su curiosidad excitada por los acontecimientos de aquella noche, había acabado por conciliar el sueño.

Los dos criados sentados en el primer escalón de la escalera principal, y embozados en sus frazadas, hablaban en voz muy baja.

—Pues qué crees? le preguntaba Luís á José María.

—Que la cosa está mala y lo que es esta noche los fuereños no volverán al hotel.

—Ya te dijeron?

—Sí; la Chole del figón, que es amiga del gendarme, lo averiguó cuando vino á dejar el papel.

—Y qué le dijo?

—*Pos* le dijo que los patrones estaban en la Diputación.

—Pero por qué?

—No lo has de pasar á creer: dizque porque los cogieron en malos pasos en una casa mala.

—A D. Trinidad y D.^a Candelaria juntos?

—Sí, hombre; figúrate.

Luis soltó una carcajada que resonó por todos los ámbitos del silencioso hotel.

—Cállate, hombre, y no *recuerdes* á los huéspedes: ¿no ves que ya es tarde?

—Ya me figuro á la vieja gorda en malos pasos.

Y Luis no pudo contener la risa.

—Conque de más á más escandalosos? Pero sabes que yo no entiendo eso? han de ser mentira de la Chole.

—El caso es que á estas horas están en la *chinche*, y como ya es tarde y no han

venido, es seguro que se queden allí á esperar la *calificación*, y mañana temprano ó van á Belén ó salen en libertad.

—Yo sé bien quién es el aprovechado.

—El niño Manuelito.

—El del taponazo; y por vida tuya que sonó como pistola.

—Se conoce que está bueno el champagne.

—Pero, sabes, que pobres viejos. Mientras ellos están en la *chinche*, las niñas... pues se están divirtiendo.

—*Pos no!* Como que los niños me parecen *tantas lanzas*.

—Lo *pior* es que si viene D. Gumesindo...

—Qué va á venir!

—No?

—Ya sabes que casi nunca duerme en su cuarto.

—Adios!

—Los patrones no lo saben; pero... vaya, conque no lo has visto salir quedito?

—No; lo que yo había notado era que venía de mañana; pero me figuré que se iba á la alberca.

—Pos yo creeré que sí. Están tan en silencio.

—Entonces me voy. Si algo se ofrece, ya sabes donde estoy.

—Sí, donde están los patrones, ya sé.

Y el señor Gutiérrez salió del hotel.

Luis fué enseguida á comunicar á José María lo que había pasado. Llegó al pasadizo y no estaba allí. Entonces llamó suavemente á la puerta del 15.

Manuelito revelaba en su aspecto, que aunque sin ruido, había apurado el contenido de las botellas que quedaban. Tenía su levita en la mano, y estaba sobrecogido de terror como si hubiera cometido un crimen. Su respiración era entrecortada y fatigosa, tenía los cabellos en desorden y había tomado á José María convulsivamente por la muñeca.

—Qué dice, qué dice ese muchacho? preguntaba sobresaltado; cierra, cierra la puerta, y habla quedo, lo oyes? pero muy quedo. Porque si los vieron.... qué sucede? quién es? Es D. Trinidad? Ya vinieron?

—No, niño, no se asuste V., no fué don Trinidad.

—No? pues quién? me buscan á mí?

—No, tampoco; fué el Sr. Gutiérrez.

—Ah! pero se fué? ó está ahí el señor Gutiérrez?

—Se fué á la Diputación, á buscar á los patrones.

—De veras? pero no saben que estoy aquí?

—No, no lo sabe nadie.

—No lo sabe quién?

—No lo sabe ninguna persona, no tenga V. miedo.

—Miedo! yo miedo! vaya hombre! es que yo tener miedo? de qué he de tener miedo? Vaya! Yo qué culpa tengo? Lo que es yo he estado esperando á que D. Trinidad volviera, para ofrecerle champagne; pero, hombre, no lo vas á creer, ya nos la acabamos. Oye.... ve á buscar más champagne en casa de Plaisant.

—No, niño, no ve su merced que ya es muy tarde?

—Yo te pago, hombre, yo te pago, ve á traer champagne, cuando venga D. Trinidad yo quiero ofrecerle champagne, y á doña Candelaria; anda, hombre, anda á buscar el champagne.

Como Manuel había ido levantando la voz poco á poco, el criado se vió en la necesidad de aconsejarle.

—Oiga V. niño, ¿por qué no se acuesta aquí en el 15? No sea que vengan los patrones y lo encuentren así.

—Acostarme en el 15? Vaya hombre! tú crees que yo he venido para acostarme en el 15? Ve á traer más champagne, yo te pago, hombre.

Aunque José María, merced á las propinas de Manuelito, había apurado varias copas de tequila en el figón de la Chole, tenía aún su juicio espedito para decidirse á no excitar con negativas á Manuelito, que se encontraba ya en el período de la terquedad más insoportable.

—Bueno, le dijo al fin, voy por el champagne, pero no haga V. ruido.

—No, que ruido voy á hacer! toma ve á traer el champagne.

Y le dió un billete de á diez pesos cuya circunstancia proporcionó á los criados separarse de Manuel.

—Y qué, vas por el champagne? preguntó Luís á José María.

—No, qué he de ir! El roto está tan *jalado*, que no bien se quede solo, se duerme hasta mañana.

—Y se le olvidan los diez pesos.

—Yo se los daré.

—Que se los vas á dar.

—Ah que tú!...

—Ah que yo! Ya sabes, vamos *al partir*.

—Oye, y el otro?

—Cuál otro?

—El compañero del niño Manuelito.

—Está muy quieto adentro. Ni chistan.

—Yo creo que los fuereños van á salir todos muy mal jugados en la capital.

Gutiérrez había llegado entre tanto á la Diputación, donde encontró á D. Trinidad muy abatido y á D.^a Candelaria hecha un

mar de lágrimas. Al ver á Gutiérrez se lanzó á sus brazos sollozando. Después de esta escena muda, Gutiérrez procuró calmarla encareciéndole la necesidad urgente de ponerlo en autos de lo que pasaba.

—Figúrese V., señor Gutiérrez; yo en estos pasos! cuando en mi vida he andado con justicias ni en cosas de policía. Figúrese V. al pobre de mi marido traído aquí como criminal, por un gendarme pistola en mano, y á mi hijo, ¡alma mía de él! al bueno de Gumesindo que querían amarrarlo por los codos, y luego todo esto.... vea V., vea V. señor Gutiérrez, á mi derecha. Hemos venido juntos con esas señoras.

—Es posible! Pero que fueron ustedes á hacer por esos....

—Nada, que habíamos de ir á hacer? Desde que Trinidad me dijo que V. le había enseñado las camas de latón de esas señoras.

—Yo? las camas? Qué camas?

—Desde entonces me entró la curiosidad... pues... el diablo de los celos, si usted

quiere, y ahí tiene V. que la emprendimos para saber si era cierto.

—Si era cierto qué?

—Lo de las camas que V. le había enseñado.

—Yo? señora, no comprendo.

—Cuando, ahí tiene V., que pasamos por la ventana y que la cierran! y más me empeño, y volvemos á pasar, y Trinidad se enoja conmigo, y yo me encapricho, y me voy á la ventana; por que yo tengo muy buen caracter, pero ¿quiere V. verme furiosa? pues no más que me contradigan, y ¡adios! me vuelvo una fiera; y dije: pues no señor, á mí no me la dan. ¡Habrás visto! tantos años de casada y de vivir en paz para que salgamos ahora con que andas en picos pardos dizque porque el Sr. Gutiérrez te enseña los malos pasos. Vamos á ver, y yo me he de desengañar con mis propios ojos, que ya no estoy para que me den atole con el dedo, porque no soy chiquita; y en esto, zas, que suena un tiro, Sr. Gutiérrez, de mi alma! y sonar el tiro y me-

terse mi marido en la casa, todo fué uno; y yo me quedé como de piedra, y puede V. jurar que si de esta hecha no me he muerto es porque Su Divina Majestad me tiene reservada para no sé que cosas. Y que al tiro vienen los guardas, y que echan pito, y se arma una que yo sentía la muerte; y mi marido dentro, en la casa mala, y yo en la calle, porque se atrancaron por dentro; y llegan los guardas y me cojen á mí la primera, amenazándome con sus pistolas, que poco me faltó para desmayarme, y en esto que tocan y que salen esas señoras por la ventana, hablando muy raro, porque yo creo que son gachupinas, ó yo no sé qué; y yo gritaba: mi marido! mi marido! y, más guardas y más pito, hasta que por fin abrieron, y van sacando ¡Jesús, María y José; si yo no quiero ni acordarme, y van sacando á mi hijo Gumesindo, y nos traen á todos por esas calles de Dios, como asesinos y rodeados de curiosos y de gentes que se compadecían de nosotros, porque el lance no era para menos, y aquí nos tiene

V., Sr. Gutiérrez, esperando lo que será de nosotros; pero con V., he visto el cielo abierto, porque nos va á amparar contra esta desgracia.

—No tenga V. cuidado, señora. En dónde está D. Trinidad?

—En la pieza que sigue.

Gutiérrez fué á hablar con D. Trinidad y á tener una entrevista con los empleados y con los agentes de la policía. Más de una hora tardó en sus arreglos y con mil trabajos y quedando formalmente responsable por lo que pudiera resultar, pudo conseguir que quedasen en libertad D. Trinidad y D.^a Candelaria. En cuanto á Gumesindo, era indispensable que quedase allí detenido, porque se sabía que él era el que había disparado el tiro, aunque sin herir á nadie.

D. Trinidad tuvo que resignarse, aunque con mucho trabajo, á abandonar aquel lugar dejando á Gumesindo. Pero Gutiérrez ofreció arreglarlo todo satisfactoriamente al siguiente día.

Atravesaron, pues, la desierta plaza de Armas nuestros tres personajes.

—Alma mía de mis hijas! exclamó doña Candelaria apenas se vió en la calle; como estarán las pobrecitas!

—Están bien, se apresuró á decir Gutiérrez, estuve en el hotel poco antes de venir; están tranquilas.

—No saben nada? preguntó D. Trinidad.

—Creo que no. Pero de todos modos supongo que este retardo las ha de haber alarmado, porque ya está amaneciendo.

—Vamos, vamos á ver qué les ha sucedido. Vamos pronto.

Llegaron al hotel á la sazón que Luís comenzaba á barrer la calle y quien por medio de un silbido especial avisó á José María que había peligro.

José María subió las escaleras, y antes de llegar al cuarto número 15 para avisar á Manuel, ó cerciorarse de que se había quedado dormido, vió atravesar el pasadizo una forma blanca que se deslizaba con precaución.

—Es la niña Clara, pensó José María, que sale del 15 y vuelve al 13.

D. Trinidad, que se había adelantado, abrió la puerta de su habitación.

Clara y Lupe estaban sentadas en el sofá, el quinqué ardía sobre la mesa del centro, y el joven Carlos estaba sentado á cierta distancia de las niñas.

D. Trinidad no pudo hablar una palabra.

—Papá, dijeron á un tiempo Clara y Lupe; Carlos se puso en pié.

—No esperaba encontrarlas con visita, dijo D. Trinidad.

—El cuidado en que estaban las señoritas me obligó á acompañarlas.

D. Trinidad guardó silencio, Clara estaba rubicunda y Lupe mortalmente pálida. Acababa de ver el sombrero de Manuelito sobre una silla.

En esto llegó D.^a Candelaria.

—Cómo! dijo al entrar, ¿usted aquí, caballero?

—He creído de mi deber acompañar á las señoritas.

—Muchas gracias; es V. muy amable.

Carlos tomó su sombrero y agregó sin inmutarse.

—Y supuesto que Vds. han llegado sanos y salvos, me retiro.

—Ya se ve que sí; sanos y salvos, á Dios gracias. Yo no sé qué podría habernos sucedido. Sí, señor, sanos y salvos.

—Lo celebro infinito, agregó Carlos sudando. Muy buenos días, muy buenos días señora.

Y salió del cuarto.

Este movimiento dió lugar á Lupe para quitarse el rebozo con que se abrigaba, dejándolo caer, de modo que pudiese cubrir el sombrero de Manuel que estaba sobre la silla.

—Vamos, niñas, á acostarse, dijo D. Trinidad. Han pasado Vds. la noche en claro y es preciso que se recojan.

El tono de voz de D. Trinidad era duro y sus hijas podían notar una profunda expresión de descontento en su fisonomía. Obedecieron en silencio.

D. Trinidad y su mujer tomaron á su vez posesión del sofá y se pusieron á hablar en voz muy baja. Clara y Lupe velaban esperando una ocasión propicia para hacer desaparecer el sombrero de Manuel.

José María, entretanto, se había enterado de la situación; había ido al cuarto número 15, y había encontrado á Manuel roncando y medio vestido, pero no estaba allí su sombrero.

—Adios! exclamó, ya éste dejó la prenda en el 13 y por el sombrero se va á armar una...

Dieron las ocho de la mañana sin que D. Trinidad y su mujer hubieran probado el sueño. Ese día parecía ser tan negro como la noche anterior. D. Trinidad, antes que el desayuno, recibió una carta de su tierra. Era de un compadre cariñoso que se quejaba de que no se le hubiera ocupado á él para facilitar dinero á la familia, supuesto que Gumesindo había ocurrido á otra persona para que le facilitase mil y tantos pesos.

—Otra calamidad, exclamó D. Trinidad.

—Qué sucede? preguntó su mujer.

—Que Gumesindo lleva gastados dos mil pesos!

—En qué?

—No lo preguntes.

Este golpe acabó de decidir á D. Trinidad á abandonar la capital y volverse á su pueblo. Gumesindo estuvo preso dos días y pudo salir merced á los empeños del señor Gutiérrez.

Cuando todo estuvo listo para el viaje, D. Trinidad le dijo á Gutiérrez al despedirse.

—No tengo con qué pagar á V. señor Gutiérrez sus apreciables servicios, que nunca olvidaré; pero me voy á mi pueblo para no volver jamás á la capital, á lo menos con mi familia. No había podido apreciar hasta hoy la tranquilidad que se disfruta en medio de las costumbres sencillas, como tampoco había podido figurarme hasta donde pueden llegar los peligros del lujo y la prostitución de las grandes ciudades. Ya V. lo vé, señor Gutiérrez, Gumesindo era bueno,

sencillo, sobrio y honrado. Me lo llevo enfermo, de una enfermedad que acaso no alcanzará á curarle ya ni el campo ni el trabajo. Mis hijas eran modestas, y vivían conformes en su pueblo: me las llevo enfermas de ambición de lujo y de placeres. Clara llora sin cesar, y me espanta su destrucción y su cambio de tres días á esta parte. Nada la consuela, nada la alegra, porque ha dado en que es muy desgraciada. Mi mujer, vino contenta, y se vuelve triste y abatida, porque ve á sus hijos desgraciados. Adios, señor Gutiérrez, adios.

FIN.